

## Volver a casa

Olga Blázquez Sánchez

### Un encuentro inesperado entre J. R. R. Tolkien y Frantz Fanon

Hace un año más o menos, volví a leer *Piel negra, máscaras blancas*, de Frantz Fanon. Esta decisión coincidió con mi segunda etapa de entusiasmo tolkieniano. Hacía no tanto que yo había renovado mis votos de friki de la Tierra Media, recogiendo el testigo dejado hacía —ahora, sí— mucho mucho mucho tiempo por una yo-misma-adolescente. Mientras releía a Fanon, me fijé en algo que había olvidado: en las primeras páginas de su libro, el autor describe un fenómeno psicosocial ligado a las relaciones coloniales entre las Antillas —recordemos que él había nacido en 1925 en Fort-de-France, en la isla antillana de Martinica— y la metrópolis francesa. Este fenómeno descrito por Fanon era el del cambio que se apreciaba en algunos negros antillanos cuando habían viajado a Francia y después regresaban a casa. Fanon le presta atención al modo de estar y de ser que esos negros afrancesados, metropolitanizados, encarnan cuando regresan a su lugar de origen y se relacionan con sus *iguales* —que resulta que ahora no son ya *tan iguales* a raíz de los efectos que la matriz colonial de poder ha provocado—.

Por supuesto, la conexión fue inevitable. Las palabras de Fanon se trenzaban en mi mente con las palabras que yo creía recordar que Tolkien utilizaba para narrar el regreso de los cuatro hobbits —Frodo, Sam, Merry y Pippin— a la Comarca. Con el fin de corroborar si mis recuerdos eran fiables, corrí a la estantería para abrir *El Retorno del Rey* y releer también los capítulos que me parecían clave para descubrir las similitudes y diferencias entre la situación descrita por Fanon y la narrada por Tolkien. Estos capítulos fueron «Rumbo a casa», «El saneamiento de la Comarca» y «Los Puertos Grises». Como consecuencia de la curiosidad personal sobrevenida que me llevó a querer abordar en paralelo a los dos autores mencionados, nace este breve ensayo.

Cabe aclarar que mi intención es centrarme en analizar y comparar los modos de regresar a casa que quedan definidos por los dos autores. No busco encontrar en Tolkien exactamente lo mismo que Fanon halla en relación al contexto colonial antillano. No busco usar a Fanon como una herramienta hermenéutica infalible para entender o resolver el misterio de un hipotético Tolkien-enigmático. Lo que pretendo es averiguar si hay algún tipo de *colonialidad* intrínseca en el mundo-época subcreado por Tolkien. ¿Cómo regresaron los hobbits a la Comarca? ¿Es útil en algún sentido el análisis que realiza Fanon con respecto a su contexto a la hora de comprender la mutación que sufren los cuatro hobbits como consecuencia de su viaje y sus aventuras fuera de la Comarca? Estas son dos de las preguntas cruciales que palpitan en las líneas que siguen.

### La Comarca y las Antillas: relación, si la hubiera

No, la Martinica y las Antillas de la época de Frantz Fanon no son la Comarca. Tampoco son *como* la Comarca. Ni viceversa. Para empezar, hay que dejar por escrito algo que no por ser obvio es menos importante: Martinica y las Antillas han tenido y tienen una existencia material, histórica, mientras que la Comarca ha tenido y tiene una existencia subcreada, ficticia. Sus modos de existencia son, por lo tanto, distintos. Pero, partiendo de esta diferencia evidente que separa ambas realidades, ¿qué más se puede decir en cuanto a estos dos lugares?

«Las ingles y la cabeza: relación, si la hubiera», esta es una de las preguntas que el maestro de la delirante película de José Luis Cuerda, *Amancene, que no es poco*, le plantea a su alumnado como parte del examen que se ve obligado a hacer para demostrar ante las autoridades el nivel que hay en la escuela. Y esa es exactamente la tarea que voy a abordar ahora mismo. La situación de la región caribeña de las Antillas a la que se refiere Fanon, era, en su tiempo —y es, en buena medida, todavía ahora—, una profundamente atravesada por el dominio colonial —político, económico y epistémico-cognitivo (es decir, el que tiene que ver con los modos de concebir, conocer, saber el mundo)— francés. La población autóctona había sido desplazada o exterminada hacía siglos; esclavos negros habían sido traídos a la fuerza desde África también desde hacía siglos. La jerarquización social racista y colonial, la imposición cultural y epistémica europea y la explotación económica en beneficio de la metrópolis y de la blanquitud seguían siendo los ejes que perforaban

las vidas de la población negra por aquel entonces, por mucho que la esclavitud hubiera sido abolida formalmente por parte de Francia en sus colonias en 1848.

En la Comarca, en cambio, las cosas no sucedían exactamente de un modo análogo, pero tampoco de un modo absolutamente extraño. Recordemos que en el prólogo con el que arranca *La Comunidad del Anillo*, Tolkien explica que, en el año 1601 de la Tercera Edad, tras cruzar el río Baranduin —o sea, el Brandivino— con el permiso del rey de Fornost, Argeleb II, los hobbits se instalaron en los territorios que terminarían formando parte de la naciente Comarca. Este asentamiento, eso sí, estaba sujeto al respeto de un conjunto de condiciones muy escueto pero también muy específico: «todo lo que se les pidió fue que mantuviesen en buen estado el Puente Grande, y los demás puentes y caminos, que ayudaran a los mensajeros, y que reconocieran la majestad del rey», explica Tolkien<sup>1</sup>. Los hobbits eran, pues, súbditos con respecto a una autoridad, aunque contaban con una gran autonomía, pues «en realidad estaban gobernados por jefes propios»<sup>2</sup>.

Hay que recordar, además, que el rey del que se habían hecho súbditos los hobbits era también la causa de que la Comarca estuviese vigilada, guardada y protegida, aunque sus habitantes no se percataran demasiado de ello. Era, de hecho, esta protección la que garantizaba la paz en el lugar. Y por eso los hobbits vivían tan ajenos a lo que acontecía en el mundo de ahí afuera. A su vez, la consecuencia inevitable del aislamiento bucólico de la Comarca consistió en que los hobbits fueran cada vez más olvidados e ignorados entre los Hombres y los Elfos y toda la Gente Importante.

Esta situación idílica de la Comarca —pero que no deja de ser el resultado de una relación que se halla a medio camino entre la sumisión y el mutuo reconocimiento con respecto a una autoridad más poderosa, cosa que recuerda vagamente al vasallaje— contrasta con la que se encuentran Frodo, Sam, Merry y Pippin al regresar tras la destrucción del Anillo. Aquí sí que nos topamos, como personas lectoras, con una estampa que quizás nos permita establecer una comparación más evidente con el contexto de Frantz Fanon: la Comarca está siendo destruida, ocupada y gobernada por fuerzas que se podrían definir de una manera —ahora sí, más adecuada— como *coloniales*, a pesar de que esta categoría no se ajuste del todo al tipo de realidad descrita por Tolkien. Y esta categoría no se ajusta del todo a lo que Tolkien plantea porque lo colonial es un gesto propio de la dinámica capitalista. En este sentido, cabe recordar lo que plantea Samir Amin en uno de los textos que sirven de introducción a la edición en castellano de *Piel negra, máscaras blancas* de Akal (2009): «El imperialismo en cuestión es capitalista y no debe ser confundido con otras formas anteriores de dominación eventual ejercida por un poder sobre distintos pueblos. La amalgama que trata el imperialismo del capitalismo moderno en términos análogos a como se analiza el imperialismo romano no tiene mucho sentido». De igual modo, es impreciso hablar de colonialismo en su sentido estricto con respecto a la historia narrada en *El Señor de los Anillos*. Aunque, reitero, muchas de las afirmaciones que Fanon hace al describir el contexto colonial antillano resuenan en el modo en el que Tolkien describe el retorno de los cuatro hobbits.

Para finalizar este breve repaso acerca de las situaciones sociopolíticas tanto de Martinica como de la Comarca, no querría dejar de mencionar el estado en el que queda esta última tras la sublevación y el saneamiento que tienen lugar precisamente gracias a la llegada de Frodo, Sam Merry y Pippin. En el apartado de los *Apéndices* titulado «Acontecimientos posteriores relacionados con los miembros de la Comunidad del Anillo» (contenido, en concreto, en el Apéndice B), Tolkien explica que en el año 1427 (según la Cronología de la Comarca), «el Rey Elessar promulga un edicto por el que se les prohíbe a los Hombres entrar en la Comarca, a la que convierte en País Libre con la protección del Cetro Septentrional». Este estatus otorgado a la Comarca es similar al que existía con anterioridad, con la diferencia de que el edicto promulgado por el Rey Elessar hace que la protección de la Comarca, y su consecuente aislamiento, sean aún más restrictivos que antaño.

---

1 J. R. R. Tolkien, *El Señor de los Anillos. La Comunidad del Anillo*, «Prólogo»: 1. De los hobbits.

2 *Ibid.*

## Quienes vuelven de un viaje al lugar donde mora la Gente Importante nunca regresan siendo quienes eran

Ya sabemos que la Comarca y las Antillas no son lo mismo pero que sí que existen ciertos parentescos contextuales. Son esos parentescos contextuales los que permiten contestar a la siguiente pregunta desde la perspectiva proporcionada por Frantz Fanon: ¿cómo vuelven Frodo, Sam, Merry y Pippin a la Comarca?

Cuando Frodo, Sam, Merry y Pippin regresan a la Comarca no son los mismos que cuando partieron de la Comarca. Eso lo intuye, sobre todo, Frodo, que es el que de una forma más violenta y traumática se ha visto obligado a encajar la metamorfosis. Los otros tres hobbits caminan de una manera más o menos despreocupada. Aliviada, después de haber dejado atrás los problemas más graves. Al menos, eso es lo que piensan cuando vuelven a poner los pies en Bree, en esta ocasión, en compañía de Gandalf. Es durante su conversación con Mantecona, no obstante, cuando todos se percatan de manera definitiva de que tanto ellos como su hogar han sufrido una transformación radical. Las noticias que Mantecona ofrece con respecto a la situación de la Comarca y sus alrededores no son nada halagüeñas y es el propio Mantecona el que señala explícitamente el cambio experimentado por los hobbits, ya que este no solo es psicológico, sino también físico y estético. Son las palabras de Mantecona, por lo tanto, las que permiten que los hobbits se hagan conscientes de todo:

Y entonces, de pronto, los hobbits comprendieron que la gente los miraba con estupefacción, no por la sorpresa de verlos de vuelta sino por las ropas insólitas que vestían. Tanto se habían acostumbrado a las guerras y a cabalgar en compañías de atavíos relucientes, que no se les había ocurrido en ningún momento que las cotas de malla que les asomaban por debajo de los mantos, los yelmos de Gondor y de la Marca, las hermosas insignias de los escudos, podían parecer extravagancias en la Comarca. Hasta el propio Gandalf, que ahora cabalgaba en un gran corcel gris, todo vestido de blanco, envuelto en un amplio manto azul y plata, y con la larga espada Glamdring al cinto. [*El Señor de los Anillos. El Retorno del Rey*, «Rumbo a casa»].

El viaje realizado al mundo más-allá-de-la-Comarca y el hecho de haberse visto envueltos en los asuntos de la Gente Importante han dejado su impronta material sobre los cuerpos de los hobbits. De una manera similar —aunque con una carga crítica evidente—, Fanon describía el modo en el que algunos negros antillanos regresaban a casa tras haber visitado la metrópolis:

[...] El negro que conoce la metrópoli es un semidiós. Aporto en este sentido un hecho que ha debido sorprender a mis compatriotas. Muchos antillanos, tras una estancia más o menos larga en la metrópoli, vuelven para ser consagrados. Ante ellos, el indígena, el que nunca ha salido de su agujero, el «*bitaco*», adopta la forma más elocuente de la ambivalencia. El negro que ha vivido algún tiempo en Francia vuelve radicalmente transformado. Para explicarnos genéticamente, diremos que su fenotipo ha sufrido una mutación definitiva, absoluta. Desde antes de su partida, notamos, en el porte casi aéreo de su caminar, que fuerzas nuevas se han puesto en movimiento. Cuando se cruza con un amigo o un compañero, ya no es sólo el amplio gesto humeral lo que le anuncia: discretamente nuestro «futuro» se inclina. [*Piel negra, máscaras blancas*, «El negro y el lenguaje»].

Puede parecer exagerado atribuir a los hobbits esa grandilocuencia petulante que Fanon encuentra en algunos compatriotas regresados desde Francia. Sin embargo, no son pocos los ejemplos que denotan que los cuatro hobbits, en cierto modo, también se piensan y son considerados desde fuera ahora como algo mejorado, felizmente evolucionado, como algo más noble que lo que antes eran y que sus semejantes coetáneos. Esto puede percibirse al leer un pequeño pasaje que describe cómo el enemigo contempla a estos cuatro hobbits cuando se enfrenta a ellos en la Comarca:

La espada relumbró a la luz del poniente. También Merry y Sam

desenvainaron las espadas, y se adelantaron, prontos a respaldar el desafío de Pippin; pero Frodo no se movió. Los bandidos retrocedieron. Hasta entonces, se habían limitado a amedrentar e intimidar a los campesinos de Bree, y a maltratar a los azorados hobbits. Hobbits temerarios de espadas brillantes y miradas torvas eran una sorpresa inesperada. Y las voces de estos recién llegados tenían un tono que ellos nunca habían escuchado. Los helaba de terror. [*El Señor de los Anillos. El Retorno del Rey, «El saneamiento de la Comarca»*].

Los hobbits recién llegados son capaces de amedrentar a un adversario ya que su porte es grandioso —Frodo es una excepción por motivos que se explicarán más adelante—. Esto es, además, literalmente cierto con respecto a dos de ellos, pues recordemos que Merry y Pippin han crecido en estatura como consecuencia de los brebajes que les suministró Bárbol.

Las referencias al engrandecimiento en cuerpo y alma de los nuevos héroes también pueden atisbarse en el pasaje en el que Frodo y Sam vuelven a encontrarse con el viejo Tío. Frodo intenta impresionar a este último subrayando la importancia de las hazañas llevadas a cabo por el pariente del Tío, Samsagaz Gamyi. Y, asimismo, esas palabras de Frodo son las que hacen que Rosita Coto, de quien Sam está enamorado, se emocione. No obstante, el pasaje concluye con una intervención un tanto socarrona o irreverente del Tío, el cual, si bien admira la resistencia que percibe en las nuevas vestiduras y las armas de los hobbits, no termina de encontrar una razón para elogiar más allá de eso tales aderezos.

—Bien, eso sí que es decir las cosas bien —dijo el Tío—. El señor Frodo Bolsón es un verdadero gentilhobbit, siempre lo he dicho, piense lo que piense de otros que llevan el mismo nombre, con el perdón de usted. Y espero que mi Sam se haya comportado bien y satisfactoriamente.

—Más que satisfactoriamente, señor Gamyi —respondió Frodo—. En verdad, si usted puede creerlo, es ahora una de las personas más famosas en todas las tierras, y se están componiendo canciones que narran sus hazanas desde aquí hasta el Mar y más allá del Río Grande. —Sam se ruborizó, pero le echó a Frodo una mirada de gratitud, porque a Rosita le brillaban los ojos, y le sonreía.

—Cuesta un poco creerlo —dijo el Tío— aunque puedo ver que ha frecuentado extrañas compañías. ¿Qué pasó con la ropa de antes? Porque toda esa ferretería, por muy durable que sea, no me gusta nada. [*El Señor de los Anillos. El Retorno del Rey, «El saneamiento de la Comarca»*].

Esta falta de capacidad de asombro del Tío puede leerse de dos maneras: o bien el Tío es tan cerrado y provinciano —tan «paleta» y chovinista, diríamos desde una perspectiva urbanocéntrica — que no es capaz de reconocer el valor y la belleza y la virtud de lo foráneo; o bien el Tío tiene una visión tan decolonial que no permite que los recién regresados impongan su engreída superioridad moral y epistémica sobre los hobbits que se han quedado en la Comarca, por muy encomiable que fuera la empresa que los otros cuatro llevaron a cabo en Mordor, y en Rohan, y en Gondor, y en vaya usted a saber cuántos más lugares notables y exóticos. En cualquier caso, esta actitud hobbit un poco irreverente ante la supuesta magnificencia de Frodo, Sam, Merry y Pippin también queda expresada en otros fragmentos de «El saneamiento de la Comarca», como por ejemplo, el que sigue:

Sam partió. Merry puso unos centinelas alrededor de la aldea, y junto a las barreras durante la noche. Luego fue con Frodo a casa del Granjero Coto. Se sentaron con la familia en la caldeada cocina, y los Coto, por pura cortesía, les hicieron unas pocas preguntas sobre los viajes que habían hecho, pero en verdad casi no escuchaban las respuestas: les interesaba mucho más lo que estaba aconteciendo en la Comarca. [*El Señor de los Anillos. El Retorno del Rey, «El saneamiento de la Comarca»*].

El retorno de los cuatro hobbits, en resumen, tiene lugar de una manera ambigua. Su llegada está plagada de un cierto amaneramiento gestual que transmite altanería, y esa altanería deslumbra a

algunos de sus congéneres. Pero también hay un cierto humor con el que otros hobbits menos impresionables rebajan los aires de importancia de Frodo, Sam, Merry y Pippin. Esta ambigüedad también es descrita por Fanon:

El negro que entra en Francia cambia porque para él la metrópoli representa el Tabernáculo; cambia porque de allí no solamente proceden Montesquieu, Rousseau y Voltaire, sino porque de allí proceden los médicos, los jefes de servicio, los innumerables pequeños potentados, desde el sargento jefe con «quince años de servicio» hasta el policía nacido en Panissières. Hay una especie de hechizo a distancia y aquel que dentro de una semana se marcha con destino a la metrópoli crea a su alrededor un círculo mágico en el que las palabras París, Marsella, la Sorbona, Pigalle, representan la clave de bóveda. Se marcha y la amputación de su ser desaparece a medida que se precisa el perfil del paquebote. Lee su poder, su mutación, en los ojos de los que le acompañan. *Adieu madras, adieu foulard...*

Ahora que ya lo hemos llevado al puerto, dejémoslo bogar, ya volveremos a encontrarnos. Por ahora vayamos al encuentro de uno de los que vuelven. El «desembarcado», desde su primer contacto, se afirma: sólo responde en francés y a menudo no comprende el criollo. En este sentido, el folklore nos proporciona una ilustración. Tras unos meses pasados en Francia, un campesino vuelve junto a los suyos. Percatándose de un apero de labranza, pregunta a su padre, campesino viejo sin un pelo de tonto, cómo se llama ese artilugio: por toda respuesta, su padre se lo tira sobre un pie y así la amnesia desaparece. Singular terapia. [*Piel negra, máscaras blancas*, «El negro y el lenguaje»].

En todo caso, y a pesar de este mecanismo hobbit para evitar la prepotencia que puede reconocerse asimismo en el contexto antillano, lo cierto es que los medianos que acaban de llegar del mundo de la Gente Importante son los que terminan encabezando la vanguardia de la sublevación de la Comarca:

—Se me ocurre una idea —dijo Sam—. ¡Vayamos a lo del viejo Tom Coto, allá abajo, en el Sendero del Sur! Siempre fue de agallas. Y tiene un montón de hijos que toda la vida fueron amigos míos.

—¡No! —dijo Merry—. No tiene sentido «refugiarse». Eso es lo que la gente ha estado haciendo, y lo que a los bandidos les gusta. Caerán sobre nosotros en pandilla, nos acorralarán, y nos obligarán a salir por la fuerza; o nos quemarán vivos. No, tenemos que hacer algo, y pronto.

—¿Hacer qué? —dijo Pippin.

—¡Sublevar a toda la Comarca! —dijo Merry—. ¡Ahora! ¡Despertar a todo el mundo! ¡Oodian todo esto, es evidente!; todos, excepto tal vez uno o dos bribones, y unos pocos imbéciles que quieren sentirse importantes, pero que en realidad no entienden nada de lo que esta pasando. [*El Señor de los Anillos. El Retorno del Rey*, «El saneamiento de la Comarca»].

Y también son ellos quienes, después, ocupan cargos de responsabilidad en la Comarca saneada, convirtiéndose en una especie de élite política: Sam es designado alcalde siete veces, Merry se convierte en el Señor de los Gamos y Pippin, en Thain. Y «el Rey Elessar hace del Thain, el Señor y el Alcalde, Consejeros del Reino Septentrional», tal y como consta en los *Apéndices*. Este último hecho, es decir, el hecho de que los regresados de la «metrópolis» de la Tierra Media se conviertan en la élite política de la Comarca, se puede comparar con algo que ocurrió en Martinica. El poeta Aimé Césaire fue profesor de Frantz Fanon y maestro suyo en muchos sentidos, también como referente de la lucha anticolonial. Césaire estudió en Francia, y, algunos años después de volver a las Antillas, se convirtió en alcalde de Fort-de-France. Lo curioso es que el mismo año de su regreso a Martinica, Césaire escribió un libro titulado precisamente *Cahier d'un retour au pays natal* —es decir, *Cuaderno de un retorno al país natal*— en el que se pueden también apreciar muchos paralelismos con respecto a la actitud ambivalente, a la vez altiva y libertadora, crítica y vanguardista, aunque un poco engreída, que los hobbits encarnan.

### ***There and back again: el regreso de Bilbo en comparación con el regreso de Frodo, Sam, Merry y Pippin***

El regreso de Bilbo a la Comarca tras la derrota de Smaug guarda semejanzas y también difiere en varios aspectos con respecto al protagonizado por Frodo, Sam, Merry y Pippin años después. En primer lugar, hay que decir que Bilbo también sufre una transformación, y es el propio Gandalf quien deja constancia de este hecho en las últimas páginas de *El Hobbit*: «Gandalf lo miró. —¡Mi querido Bilbo! —dijo—. ¡Algo te ocurre! No eres el hobbit que eras antes». Pero estas palabras pronunciadas por el mago solo se refieren al cambio psicológico sufrido por Bilbo, es decir, a su arco de transformación como personaje. Y en este sentido, si nos fijamos cuantitativamente en la profundidad de la mutación psicológica, sí que podemos reconocer un paralelismo con lo que les sucede a los cuatro hobbits protagonistas de la Guerra del Anillo con posterioridad. Sin embargo, el cambio que Bilbo experimenta dentro de su propia comunidad es muy diferente al que experimentan Frodo y sus compañeros.

A partir de su regreso, de la recuperación de su casa y del resto de sus pertenencias, y después de ser reconocido de nuevo como persona *viva* entre los suyos —muchos lo habían dado por muerto y deseaban, tras el reparto de las posesiones del «difunto» señor Bolsón, que así fuera—, Bilbo se convierte en el hobbit «rarito», el extraño. Aquel con el que no hay que trabar demasiada amistad porque nunca se sabe. Una mala influencia, desde luego. Esta consideración dista mucho de la admiración —aunque mezclada con una pizca de recelo a veces— con la que la Comarca recibe a Frodo, Sam, Merry y Pippin:

Sin embargo, Bilbo había perdido más que cucharas; había perdido su reputación. Es cierto que tuvo desde entonces la amistad de los elfos y el respeto de los enanos, magos y todas esas gentes que alguna vez pasaban por aquel camino. Pero ya nunca fue del todo respetable. En realidad todos los hobbits próximos lo consideraron «raro», excepto los sobrinos y sobrinas de la rama Tuk; aunque los padres de estos jóvenes no los animaban a cultivar la amistad de Bilbo. [*El Hobbit*, «La última jornada»].

Pero, como queda demostrado a partir del fragmento precedente, Bilbo, además de devenir «rarito», también se convierte en Alguien Importante porque se ha juntado con la Gente Importante —igual que Frodo y sus amigos—. Aunque eso no le sirve de mucho en la Comarca: y esta es la diferencia fundamental que hace que el regreso de Bilbo y el de los cuatro hobbits —entre los que se halla su sobrino, Frodo— sean distintos. Bilbo no pasa a formar parte de ninguna élite política ni se posiciona como una autoridad más allá de la que otorga haberse hecho rico gracias a un tesoro.

Finalmente, el último rasgo común más reseñable que existe entre el regreso de Bilbo y el de los cuatro hobbits es el siguiente: al igual que ocurre con Frodo y compañía, para evitar que a Bilbo se le suba la fama a la cabeza, también encontramos personajes en *El Hobbit* que sirven de contrapeso, y así se evita que el héroe se lo tenga tan creído. En este caso, es Gandalf el que, justo al final del libro, dice: «te considero una gran persona, señor Bolsón, y te aprecio mucho; pero en última instancia, ¡eres sólo un simple individuo en un mundo enorme!».

Cabe señalar, antes de concluir este apartado, que existe la posibilidad de que los regresos de Bilbo y de los cuatro hobbits difieran no tanto a causa de una hipotética naturaleza divergente, sino a causa del diferente trato literario que Tolkien les otorga a ambos textos, *El Hobbit* y *El Señor de los Anillos*, estando uno más orientado hacia un público infantil y juvenil y el otro, fundamentalmente hacia un público adulto. Puede que las repercusiones del retorno de Bilbo estén más sintetizadas y la complejidad intrínseca a un regreso de esas características esté, pues, menos desarrollado, o desarrollado de una manera estilísticamente particular.

### **La impotencia: el regreso imposible de Frodo**

A pesar de que regresan juntos, los cuatro hobbits no encarnan la transformación del mismo modo. Y es normal, ya que, aunque hayan participado de un mismo acontecimiento, no lo han hecho desde la misma posición y, en consecuencia, no han experimentado las mismas vivencias. Se puede decir

que, en términos generales, Sam es el hobbit que más ha conservado su hobbitud. Sam es aquel en quien la esperanza del regreso a casa, la lealtad y la responsabilidad de la tarea encomendada palpitan de una forma más vital. La Comarca impregna todo su ser y allá donde camina Sam, camina también lo hobbit. Merry y Pippin, en quienes la llama del festejo hobbit siempre arde —incluso en los momentos más oscuros—, sin embargo, han asimilado las formas de Rohan y de Gondor, respectivamente, y hacen ostentación de ello siempre que pueden:

Merry y Pippin vivieron juntos por un tiempo en Cricava, y hubo un incesante ir y venir entre Los Gamos y Bolsón Cerrado. Las canciones, las historias y los modales de los jóvenes Viajeros, junto con las fiestas que daban a menudo eran muy populares en la Comarca. Los «Señoriles», los llamaba la gente con la mejor intención, pues encendía los corazones verlos cabalgar ataviados con brillantes cotas de malla, y escudos resplandecientes, riendo y cantando canciones de países lejanos; y si ahora eran grandes y magníficos, en otros aspectos no habían cambiado nada, aunque eran sin duda más corteses, más joviales y más alegres que antes. [*El Señor de los Anillos. El Retorno del Rey*, «Los Puertos Grises»].

Lo hobbit en estos dos amigos se ha hibridado en conjunción con formas culturales ajenas, mientras que en Sam lo hobbit ha resistido con la fuerza que solo otorga, precisamente, la vulnerabilidad. Lo pequeño, lo blando, lo tierno es capaz de encajar la gran violencia a pesar de que esta deje algunas cicatrices. En todo caso, las posibles alteraciones que se han producido tanto en Sam como en Merry y Pippin no han dado lugar a una gran destrucción.

El caso de Frodo es absolutamente otro: Frodo no ha podido componerse con el mundo de ahí afuera debido al rol que le ha tocado y ha decidido —las dos cosas— asumir. El resultado es que la transformación que sufre Frodo toma la forma de una devastación traumática. El golpe ha sido tan brutal que no se puede componer algo nuevo a partir de él. Por eso, Frodo es el único hobbit que no manifiesta una actitud activa durante la sublevación de la Comarca —excepto cuando dialoga por última vez con Saruman—, y lo que desea a toda costa es que la violencia solo se use excepcionalmente y se evite, en lo posible, el derramamiento de sangre; por eso, es el único hobbit que no acepta un cargo político permanente tras el saneamiento de la Comarca —solo ostenta el cargo de Alcalde Suplente durante un tiempo y, después, renuncia a él—.

Desde una perspectiva fanoniana, se podría decir que Frodo ha absorbido la violencia que en el contexto de Fanon es intrínseca a lo colonial. Y en ese encuentro absoluto con la violencia y el mal, ha salido dañado de tal modo que la posibilidad de una cura, de una liberación final, se hace inviable. Por eso, Frodo va desapareciendo, sucumbe al mal que lo ha arrasado. Solo Sam, Merry y Pippin son capaces de hacer algo con lo experimentado, con lo vivido. Aunque ese «hacer algo con lo vivido» implica inevitablemente una encarnación jactanciosa de lo colonial aprendido en la metrópolis:

Ahora las cosas marchaban bien, con la constante esperanza de que mejorarían más aún, y Sam vivía atareado y tan colmado de dicha como hasta un hobbit pudiera desear. Nada turbó para él la paz de aquel año, excepto una cierta preocupación por Frodo, que se había retirado poco a poco de todas las actividades de la Comarca. A Sam le apenaba que lo trataran con tan escasos honores en su propio país. Pocos eran los que conocían o deseaban conocer sus hazanas y aventuras; la admiración y el respeto de todos recaían casi exclusivamente en el señor Meriadoc y en el señor Peregrin y (aunque esto Sam lo ignoraba) también en él. [*El Señor de los Anillos. El Retorno del Rey*, «Los Puertos Grises»].

**Entonces, ¿se puede hablar de colonialidad al analizar *El Señor de los Anillos* o es un sinsentido?**

Si bien la categoría de *colonialidad* puede no resultar del todo adecuada para hablar de una realidad subcreada —ya que la lógica de esa realidad subcreada puede no coincidir con las dinámicas, poderes y fuerzas que rigen el mundo que existe «fuera» de la subcreación—, sí que resulta interesante traer a colación dicha categoría, dada la relación asimétrica que puede percibirse entre

diferentes pueblos/razas, en este caso, en la Tierra Media.

Ilúvatar, el Único; los vástagos de su pensamiento, los Ainur; la manifestación de estos últimos en el mundo en forma de Poderes del Mundo, los Valar; los Primeros Nacidos, los elfos; los enanos, creados por Aulë en secreto, perdonados por Ilúvatar pero, aun así, condenados a nacer después de los elfos; los segundos hijos de Ilúvatar, los hombres... Existe una jerarquía clara entre los existentes que habitan la realidad subcreada por Tolkien. En *El Señor de los Anillos*, esta jerarquía se expresa sobre todo a través de la continua mención a la gloria, ahora ya menguada, de lo élfico: su finura, su elegancia, su carácter casi etéreo o sagrado. Hablar en élfico, o saber algunas palabras en élfico, otorga nobleza, al igual que tratar con los elfos y sus asuntos. Es lo que les pasa tanto a Bilbo como a Frodo, cuya rareza es en parte consecuencia de haber escalado posiciones en la pirámide social: son hobbits que se han mezclado con la Gente Importante. Esta es la razón por la que también Sam quiere ver elfos, lo anhela. Lo élfico es bello, es elevado, es culto, es civilizado.

El mundo de los hombres también es más elevado —aunque menos que lo élfico— desde una perspectiva hobbit. Porque lo hobbit es lo más pequeño. Por eso, cuando Frodo, Sam, Merry y Pippin regresan de sus andanzas en el mundo de los elfos y de los hombres, llegan impregnados de parte de ese universo. Y, en cierta medida, se enorgullecen de ello, se piensan y son tratados como algo un poco superior, y encarnan un espíritu colonial que se asemeja al que Frantz Fanon percibía en los negros antillanos que volvían a Martinica después de haber visitado la metrópolis francesa, el centro de poder.

La jerarquía óptica en la Tierra Media, no obstante, no se da solamente como consecuencia de las relaciones materiales de poder. Hay cualidades intrínsecas que Tolkien les otorga a los diferentes pueblos/razas y que quedan determinadas por su relación con la naturaleza, por ejemplo, por su pericia artística o técnica, por su belleza... En ese sentido, lo hobbit es lo menor no solo por su posición en una economía o ecología relacional, sino por su carácter propio: lo hobbit no se preocupa de manera general por los grandes asuntos que azotan el mundo ni tiende hacia el deseo épico de heroísmo.

### «Bueno, estoy de vuelta»

En conclusión, la cuestión no es si *El Señor de los Anillos*, *El Silmarillion* o *El Hobbit* son o no son coloniales, sino si hay relaciones coloniales dentro del mundo subcreado por Tolkien a través de *El Señor de los Anillos*, *El Silmarillion* y *El Hobbit*. Es en ese sentido concreto en el que creo que resulta elocuente la comparación que aquí se ha realizado entre el regreso de los cuatro hobbits a la Comarca y el regreso de los subalternizados antillanos a su hogar atravesado por el dominio colonial francés.

No obstante, en estas pocas líneas, como resulta obvio, no ha quedado todo dicho. Para profundizar en esta cuestión colonial en la Tierra Media, existe un filón aún insuficientemente explorado, que es el del estudio de las relaciones campo-ciudad en *El Señor de los Anillos*. Lo hobbit-rural frente a las sedes urbanas de los elfos y de los hombres. Me parece que una investigación de esta índole arrojaría luz acerca del carácter polifacético de lo colonial en la Tierra Media.

### Referencias

Césaire, Aimé. (1969). *Cuaderno de un retorno al país natal*. Ciudad de México: Ediciones Era.

Fanon, Frantz. (2016). *Piel negra, máscaras blancas*. Madrid: Akal.

Tolkien, J. R. R. 2002. *El Hobbit*. Barcelona: Minotauro.

Tolkien, J. R. R. (1988). *El Señor de los Anillos. La Comunidad del Anillo*. Barcelona: Minotauro.

Tolkien, J. R. R. (1988). *El Señor de los Anillos. El Retorno del Rey*. Barcelona: Minotauro.

Tolkien, J. R. R. (1988). *El Señor de los Anillos. Apéndices*. Barcelona: Minotauro.